

LA DESPOLITIZACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA DEL EXILIO REPUBLICANO EN DEMOCRACIA: EXCEPCIONES, PARADOJAS Y EL CASO DE JORGE SEMPRÚN¹

Mari Paz Balibrea, Birkbeck
Universidad de Londres

Política cultural y exilio republicano en los años 80

Las políticas culturales del primer Ministerio de Cultura de la Transición de la UCD, inventado como tal en 1977, tuvieron como uno de sus cometidos centrales la recuperación de la memoria histórica de la República silenciada por el franquismo.² Debía esta cumplir la función de ser una «tecnología moral»³ capaz de separar en la mente del ciudadano el papel de la cultura en la Transición del que había tenido en la dictadura. La cultura del exilio, materializada en congresos, premios, exposiciones y nombramientos, servía en la medida en que destilaba libertad de expresión y democracia, activos altamente cotizados para legitimar el proceso transicional y hacerlo distinguible de la censura y el dirigismo que habían caracterizado el gobierno de la cultura del tardofranquismo. Cuando llega el PSOE al poder en 1982, sus políticas culturales, ya desde su primera legislatura, no variarán sustancialmente esta estrategia: hacer un uso que en otra parte he llamado totémico y fosilizado⁴ de la élite cultural que se homenajea, asociable a las aspiraciones democráticas y de libertad de la joven democracia pero tranquilizadora y convenientemente desactivada de su actitud política de antaño.⁵ En efecto, desde el primer momento el PSOE, fiel al pacto transicional de consenso, claramente des-

estima la memoria de los vencidos como parte importante en la construcción que emprende del imaginario del nuevo Estado democrático español desvinculado del franquismo. Tal actitud se reforzó con la estela de miedo que dejó el golpe de Tejero en febrero de 1981 y se reflejó directamente en la ideología del partido. La gran transformación ideológica que estaba sufriendo el partido desde el tardofranquismo y sobre todo en la Transición pasaba, bajo la dirección de Felipe González, por el reto de superar las luchas internas entre facciones marxistas y socialdemócratas, luchas que venían de la Guerra Civil y que se encarnaban en las figuras de Largo Caballero e Indalecio Prieto respectivamente. Superarlas requería, en el parecer de González, según palabras de Abdón Mateos, «realizar una política conmemorativa discreta o de baja intensidad»⁶ con respecto a anteriores líderes del partido, todos ellos exiliados en su momento. El pasado era una rémora peligrosa que fomentaba las divisiones en el partido, los símbolos habían de buscarse en el presente y en el futuro: «¡no más cenizas!» afirman testigos de la época que era eslogan caro a González (Mateos menciona a Francisco Vázquez y Joaquín Leguina). Esta depuración del pasado en el seno del propio partido se correspondió perfectamente, a su llegada al poder, con el desentenderse del PSOE de asumir ninguna responsabilidad histó-

rica sobre el reconocimiento y reivindicación del pasado de la lucha antifranquista, y más en concreto del exilio, de su estatus como víctimas del franquismo.⁷ González y su gobierno se mantuvieron firmes en que la Guerra Civil no era un hecho memorable⁸, y si no lo era tampoco lo podía ser el exilio republicano que es una de sus consecuencias. Es más, ya como ex-presidente, González nunca se ha escondido o arrepentido de esa postura suya y de su partido, justificándola como forma necesaria de pacificación social. En los primeros 2000 –abandonado definitivamente el «pacto de silencio» sobre el pasado que presidió los acuerdos entre fuerzas franquistas y antifranquistas en la Transición e inmerso ya el país en lo que se ha llamado la segunda Transición y en las luchas políticas y sociales derivadas de enfrentar versiones irreconciliables del pasado español desde la Guerra Civil–, insistió, cuando se le preguntó, en continuar defendiendo esa política como expresión moral superior de responsabilidad de Estado. Refiriéndose precisamente a cómo su partido se negó a conmemorar oficialmente en los años ochenta el cincuentenario ni del principio ni del fin de la Guerra Civil, afirmaba que con ello había cumplido la promesa hecha a Gutiérrez Mellado antes de llegar al gobierno de no remover las cenizas del pasado, porque debajo de las cenizas aún había fuego.⁹

Las políticas culturales del gobierno socialista se centran en la recuperación del patrimonio artístico, la renovación de equipamientos y el apoyo a la creación¹⁰. Para Méndez¹¹ se siguen con ello las directrices de unas prácticas de alcance europeo que después serán establecidas en el tratado de Maastricht y que buscan responder a una demanda de cultura por parte de la población, además de a la necesidad de democratizar su acceso a ella que se habían empezado a identificar en España en el periodo de la Transición. Quaggio,¹² más centrada en lo nacional, engloba estas prácticas dentro de una estrategia que pretende crear para los ciudadanos una imagen con la que se quieran identificar

de nación moderna, con un buen nivel de vida, cohesionada socialmente y reconciliada de sus pasados enfrentamientos. De los discursos del poder emana un tono celebratorio por la entrada definitiva de España en la modernidad y en Europa, y aunque la reestructuración de la economía del país es muy dura, el dinero procedente de los fondos de cohesión europeos suaviza la crisis. Se asientan con su ayuda las bases puestas durante del desarrollismo franquista de una sociedad civil apolítica y que se siente realizada en el consumo, además de una economía cada vez más escorada hacia la prestación de servicios (con el turismo como centro) altamente vinculada al sector de la construcción y que hace proliferar los grandes equipamientos culturales. Es también prioridad el acceso universal al consumo cultural y generar una imagen exterior de España asociada a la juventud, la equiparación europea, el bienestar social y un patrimonio histórico-cultural de gran prestigio. Emblemático de todo ello son los fastos de 1992. Desde el punto de vista de la producción cultural en general, la cultura pasa a significar consumo y el estatus social derivado de él, perdiendo con ello en estos años su vinculación con una idea política de la estética de la vanguardia como utopía crítica del *statu quo* que había florecido durante la dictadura y que procede de la tradición moderna misma, por mucho que la retórica la invoque.¹³ Estamos ante manifestaciones de lo que sintéticamente se conoce como la postmodernidad, postmodernismo en su acepción estética, paraguas conceptual que sus críticos han utilizado para definir formas culturales que abrazan, parodian e ironizan el *statu quo* como fin de la historia, es decir, alejándose de un proyecto crítico con ambiciones de transformación política.¹⁴ Semejante agenda cultural desenfaticaba el compromiso del estado democrático con la incentivación y el fomento del conocimiento y/o reflexión sobre el pasado reciente del país, y sus vinculaciones con el presente, incluyendo el exilio y su recuperación española. La configuración del consumo cultural

en los términos esbozados favorecía, como ya se ha dicho, la despolitización, cuando una cierta conciencia política e histórica es necesaria para valorar la producción cultural del exilio republicano en su conjunto.

Esto no quiere decir, sin embargo, que no exista rastro del exilio o de la voluntad política y cultural de recuperarlo dentro de España, tanto en productores y gestores, privados y públicos, como en consumidores de cultura, que dé continuidad y materialidad a esa, mencionada al principio, necesaria vinculación con una tradición nacional moderna y democrática que todos los gobiernos postfranquistas necesitaban. Las manifestaciones de una voluntad de recuperación del exilio como parte de la memoria vencida del país existen, como han señalado ya algunos autores y vamos a ver con algún detalle a continuación, pero no hay duda de que las líneas hegemónicas de las políticas culturales de este periodo tienden a enterrar y a invisibilizar su alcance social en el alud del consumo y la celebración del presente. Abdón Mateos, quien ha estudiado la recuperación del exilio en el seno del PSOE en los años de la democracia referente a las grandes figuras políticas del socialismo, corrobora lo limitado y sesgado de la atención que el partido puso a su pasado reciente:

Las dos primeras legislaturas de gobiernos del PSOE de Felipe González se caracterizaron por una política de recuperación documental e historiográfica del exilio que no estuvo acompañada ni de medidas de reparación moral, es decir, de conmemoración activa, ni de compensaciones económicas más allá de los casos de unas cuantas altas personalidades.¹⁵

Más allá del ámbito estricto de las personalidades históricas del socialismo, las legislaturas socialistas continuaron el procedimiento iniciado por el Ministerio de Cultura en la Transición de otorgar prestigio social y simbólico a figuras culturales del exilio republicano por su valor como fuentes de legitimación democrática. Quaggio, que ha estudiado con detalle las políticas del Ministerio de Cultura bajo el

liderazgo de Javier Solana de 1982 a 1988, constata también que la invocación de la República, de la que el exilio es un epígono y fuente principal de sus representantes, es central a la construcción socialista de su discurso legitimador como heredero de la tradición moderna e ilustrada española. Su artículo demuestra que la recuperación de figuras de la República en el exilio como Azaña, Madariaga, Antonio Machado —como es sabido, especialmente venerado por Alfonso Guerra— o la Institución Libre de Enseñanza continuamente subraya sus conexiones con grandes y poco problemáticas ideas de democracia, libertad y modernidad, y desenfatan conexiones con la Guerra Civil, que aparece como tragedia para todos los españoles y no como fuente de su división. Me parece que un muy buen ejemplo de esto son las celebraciones en 1989, fuertemente subvencionadas por el gobierno socialista, alrededor del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado en 1989. Considerando el uso que desde el medio franquismo se había hecho de su figura como poeta nacional o poeta de la reconciliación, y en democracia como poeta del consenso,¹⁶ es fácil entender cómo la «feliz» coincidencia del cincuentenario podía hacerle funcionar como sustituto a las conmemoraciones del final de la Guerra Civil que ya hemos dicho que el PSOE se negó conscientemente a apoyar institucionalmente. También en la misma línea de desviación estratégica de la atención sobre la Guerra Civil en las recuperaciones institucionales del pasado, podemos añadir la restitución de su estatus a la Residencia de Estudiantes en 1986 (con constitución de una Fundación creada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1989), como un lugar de celebración y exploración de la Edad de Plata de la cultura en tanto que momento álgido en la historia española de modernidad europeizante, desenfutando su trágico final y las razones de éste. También es pertinente a este recuento recordar la concesión de algunos premios honoríficos como el Cervantes de literatura a ilustres exiliados: Rafael Alberti

en 1983, María Zambrano en 1988 y Francisco Ayala en 1991 –quien hace triplete con el Príncipe de Asturias de las Letras en 1998, y el Nacional de las Letras en 1988 o la proliferación de los que se otorgan a Juan Marichal: la medalla de Oro de Bellas Artes en 1989, la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio el el Premio Nacional de Historia en 1996, la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica en 2008. Ninguno de estos galardones forma parte de una incorporación social compleja del exilio a la sociedad democrática más allá del reforzamiento del adjetivo mismo que la define, y a ello sirven las invocaciones de los galardonados a su pasado de exilio en sus discursos de aceptación.¹⁷

Entre las producciones culturales y académicas de esta época constatamos un brote de demanda social –más académica que procedente de la sociedad civil, como será el caso desde finales de los años 90– que o bien se embarca en iniciativas privadas o bien reclama, y consigue de las instituciones, un reconocimiento de esta memoria con respecto al exilio republicano. Este reconocimiento se traduce en la concesión de la financiación para una diversidad de proyectos. Pruebas de ello son, por ejemplo, la aparición en mitad de los años ochenta de la colección «Memoria Rota. Exilios y Heterodoxias», de la editorial barcelonesa Anthropos y dirigida por el exiliado republicano Carlos Gurméndez; y la organización con contribución pública de eventos como la exposición ya mencionada sobre *El exilio español en México*, organizada por el Ministerio de Cultura (pero en la que no se pudo utilizar la bandera republicana como reclamo publicitario visual) entre diciembre de 1983 y febrero de 1984 en Madrid; el congreso sobre *El exilio español de la posguerra* en Madrid en mayo de 1987, una colaboración organizativa entre la Fundación Sánchez Albornoz, la Comunidad de Madrid y el Instituto de Cooperación Iberoamericana; el curso de verano con el tema *Exilio y literatura* en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de agosto de 1982 en La Coruña; o el influyente y muy polémico, por su

concentración de intelectuales Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas que en 1987 conmemoraba el 50 aniversario del Congreso de Intelectuales Antifascistas celebrado en Valencia en 1937. También con dinero público se financia el primer documental sobre el exilio en 1989. Con motivo del 50 aniversario del fin de la guerra, el programa *Documentos TV* produce *El exilio: La gran tragedia. Medio siglo después* (1989), serie de tres episodios emitidos en noviembre 1989 con los títulos *Empieza el éxodo*, *Años de sufrimiento* y *La diáspora cultural*. El programa está fundamentalmente dedicado al exilio republicano pero, significativamente, incluye también exilios de derechas como el de José María Gil Robles.¹⁸ Por añadidura, a lo largo de los años 80 la televisión pública subvenciona la producción para televisión o cine de novelas de autores del exilio relacionadas con la guerra civil como *Crónica del Alba (Valentina, 1919)* de Sender (televisada entre 1983-84); *La forja de un rebelde* (en 1990) de Arturo Barea; *Visperas* (en 1987) de Manuel Andújar. Dejo pendiente de momento un estudio más a fondo de estos productos culturales audiovisuales, que es de gran interés, no sin antes mencionar la opinión sobre ellos del historiador Michael Richards que en su reciente *After the Civil War: Making Memory and Re-Making Spain since 1936*, afirma sobre ellos que: «tenían poca ambición más allá de la de entretener y tendían a producir un efecto de distanciamiento más que a desarrollar y profundizar en la conciencia histórica y en el aprecio de la complejidad histórica del espectador».¹⁹

El traspaso de las competencias de cultura a las comunidades autónomas significó la priorización en las estrategias políticas de estas de la recuperación de una identidad local/regional que necesitaba invocar una idea coherente y prestigiosa de pasado en la que en varias ocasiones se incluyó a figuras destacadas del exilio que ayudaban a mejorar su entidad y rango cultural. Ejemplos de ello entresacados del mundo de la literatura y el arte son la Fundación María Zambrano en Vélez Málaga fundada en 1987,²⁰ la

Fundación Rafael Alberti en el Puerto de Santa María, Cádiz, fundada en 1993, que en su presentación enfatiza la relación de Alberti con la poesía y la generación del 27, pero no con el exilio, algo muy parecido a lo que sucede con la Fundación Jorge Guillén en Valladolid creada en 1992; la Fundación Max Aub, creada en 1997, ya con el PP en el poder; la Fundación Ramón J. Sender en Huesca, creada en 1983; la Fundación Eugenio Granell en Santiago de Compostela, creada en 1995 y la Fundación Zenobia Juan Ramón Jiménez, creada en 1987 en Palos de la Frontera, Huelva. Y aunque estas iniciativas, en forma de Fundaciones dotadas de presupuesto, sin duda favorecieron la recuperación y preservación del patrimonio y el fomento y difusión del saber social y erudito sobre el exilio, también es cierto que, cuando no se contrarrestó, funcionaron como agentes de atomización de la perspectiva de conjunto del exilio por su insistencia en la vinculación geográfica del intelectual en cuestión con su región de origen, y por su tendencia a institucionalizar al exiliado/a de turno de acuerdo a versiones reverenciales de la cultura cuidadosamente separadas de lo político. Algo análogo constata Julián Díaz Sánchez sobre los artistas exiliados como el ya citado Eugenio Granell o el caso de Remedios Varo, de quien se hace una exposición en Teruel en 1991.²¹

Parece claro por todo lo enumerado hasta ahora que República y exilio juegan un papel significativo en la construcción simbólica, liderada desde el poder socialista, de una genealogía moderna y europeizante para la España de los años 80, que no altera de manera significativa la línea marcada por los gobiernos de la UCD en la Transición.²² Igualmente claro es que ese uso necesitaba someter los conceptos, y a las personas, los colectivos o las instituciones que los encarnaban, a un vaciado ideológico, donde monarquía y república²³ se convertían en términos intercambiables, conceptos post-políticos e ideológicamente maleables. Para muchos retornados, sobre todo aquellos con una imagen pública, las condiciones de la vuelta produjeron

sentimientos de decepción, indignación, resignación —casi siempre mantenidas en el ámbito de lo privado— o como mucho de indiferencia ante la interpretación interesada de su pasado, si no personal, sí colectivo. En la semiótica de la Transición y la España de los 80, la figura del intelectual o político exiliado ilustre fue un significante cuyo significado se reducía a un pasado prestigioso que había que capitalizar con la menor intervención posible del individuo portador del signo. Por eso las muestras de agencia política o cultural, con resultados visibles de intervención significativa en el curso de la Transición y la democracia, son muy pocas entre este colectivo. En otro lugar me he referido a estas excepciones —de signo contrapuesto— a la regla que, en el ámbito de la cultura, aportan las figuras de Rafael Alberti y José Bergamín.²⁴ Ahora quisiera detenerme en una excepción de signo diferente, la de Jorge Semprún.

Excepciones: el caso de Jorge Semprún

En la terminología utilizada dentro de los estudios del exilio republicano, Semprún es un niño de la guerra, pertenece a la segunda generación del exilio. Gina Herrmann, ajena a esos términos, en su libro sobre el género literario de la memoria comunista, define lo que caracteriza la vida de Semprún como liminalidad, justificándolo así: «Repartió su identidad entre Francia y España, dictadura y democracia, la guerra civil española y el Holocausto, la guerra civil como experiencia y la guerra civil como memoria, entre autobiografía y novela».²⁵ Estas alternancia y equilibrio son ciertas sin duda, tanto como lo extraordinario de la biografía del autor. Pero la liminalidad de que habla Herrmann, rasgo con mucha frecuencia asociado al exilio por razones de su desencaje nacional, del que se hacen derivar todos los demás, quiero argumentar que, de cara a España, tendrá la virtud de convertirle en el más influyente de los exiliados republicanos.

La «vuelta» de Jorge Semprún, no en el sentido de regreso como residencia, que nunca se

produjo en su caso, sino de intervención en los *affaires* transicionales —y más allá según veremos—, está vinculada a la evolución del comunismo y del PCE como alternativa política recién muerto Franco. Si dejamos a un lado a Josep Tarradellas y el caso catalán, que tiene su propia dinámica, el PCE es el único entre los actores políticos que jugaron un papel decisivo en el proceso de la Transición que no optó por desenfatar su relación con la República y el exilio en su estrategia de presentación de una imagen creíble y democrática. Es más, el PCE basó en ellos su estrategia de legitimación. Su apuesta de primera hora en democracia es por y con los «históricos» Carrillo y Pasionaria y uno de sus grandes aciertos será en el terreno cultural el conseguir que el exiliado republicano Rafael Alberti se convierta en un icono popular de la identificación entre comunismo y democracia. Con Alberti se construía discursivamente la continuidad entre modernidad europeizante, República, sufrimiento y ejemplaridad exiliada por una parte, y el presente de la Transición por otro, y su éxito le convierte en uno de los grandes legitimadores simbólicos de la Transición. Pero a este atípico protagonismo cultural y político de un ilustre exiliado, favorecedor de una imagen del comunismo como realidad abrazable por la nueva democracia, le iba a corresponder su opuesto: el del exiliado anticomunista que presenta las prácticas históricas del PCE como incompatibles con la democracia, Jorge Semprún. Alberti y Semprún son el anverso y el reverso de la excepcionalidad comunista en su relación con la República y el exilio en la España democrática. Alberti, desde su «altura» de poeta comunista no vinculado con el día a día de la política del partido, en los primeros años de la Transición consigue capitalizar para el comunismo y para el exilio republicano esa herencia de modernidad y democracia tan necesaria y que, en aquel momento y después, como hemos visto, buscarían rentabilizar los sucesivos gobiernos democráticos. Esa tenue conexión discursiva con el pasado no franquista, como hemos

visto, será suficiente para producir crédito político a la izquierda que representa el PSOE hasta bien entrados los años 90. Por lo que se refiere a los partidos de derechas, la UCD y Alianza Popular, ellos fueron los máximos beneficiarios del silenciamiento u olvido interesado, que se proponía por bien de la convivencia democrática, de todas sus cuentas pendientes con un pasado sangriento de guerra y dictadura del que el principal culpable era el franquismo. Sin embargo, en el caso del PCE, en especial de su cúpula exiliada, la medicina de la memoria histórica se le suministró muy pronto en forma de denuncia por sus prácticas antidemocráticas y se buscó post-politizarle, no vía la suavización ideológica de sus premisas más radicales y anticapitalistas que implicaba el eurocomunismo, pues de eso ya se encargaban sus líderes políticos, sino vía el escrutinio exhaustivo de sus prácticas políticas más vergonzantes. Es decir, a través de ejercicios de reconstrucción histórica y memorística de una complejidad que las élites políticas, ayudadas por sus medios de comunicación afines, buscaba desenfatar o invisibilizar con respecto a otros aspectos de la historia reciente del país. Una de las contribuciones más notorias a esta recuperación de memoria, seguramente la más determinante desde el ámbito de la cultura, fue la del libro de Semprún con el que ganó el premio Planeta en 1977, *Autobiografía de Federico Sánchez*. Precisamente en clave de memoria recuperativa del pasado colectivo como expresión de libertad después de la dictadura explica el autor en 1979 sus razones para escribirlo:

El libro tiene ese tono agresivo y polémico precisamente para provocar una cierta reacción, porque yo tenía una impresión de cómo iba a ser el «consenso» —aunque todavía no tenía vocablo, nombre, ya establecido—, de cuál iba a ser la solución del poder y de los poderes para ocultar, para no hablar de ciertas cosas del pasado, igual del pasado franquista que del pasado comunista, porque uno de los aspectos esenciales del consenso es eso, no recordar.²⁶

En efecto, el libro desactiva con mucha efica-

cia las prácticas de reconstrucción de la memoria que caracterizan la narración de la historia del PCE, calificando su resultado como «memoria ideológica»:

Pero te asombra una vez más como funciona la memoria de los comunistas. La desmemoria, mejor dicho. Te asombra una vez más comprobar qué selectiva es la memoria de los comunistas. Se acuerdan de ciertas cosas y otras las olvidan. Otras las expulsan de su memoria. La memoria comunista es, en realidad, una desmemoria, no consiste en recordar el pasado, sino en censurarlo. La memoria de los dirigentes comunistas funciona pragmáticamente, de acuerdo con los intereses y objetivos políticos del momento. No es una memoria histórica, testimonial, es una memoria ideológica.²⁷

Vale la pena, como argumenta Ruíz Galbete, a contrapelo de las protestas de Semprún sobre su voluntad de autocrítica en la *Autobiografía*, atender a las estrategias de desmemoria que el mismo Semprún aplica a la narración de su pasado y de su responsabilidad en él como líder estalinista.²⁸ En cualquier caso, se desprende de las opiniones que Semprún expresa en estos momentos que él está en contra del consenso transicional en tanto que olvido histórico en todas sus manifestaciones y con respecto a todos sus posibles beneficiarios. Es más, *Autobiografía* no es un libro antimarxista, antes bien supera al PCE por la izquierda en sus críticas tanto a las prácticas stalinistas –que son muy elocuente, teórica y extensamente analizadas como mistificación antimaterialista y antirrevolucionaria en el libro– como a la postura no transformadora que el PCE está adoptando en la Transición.²⁹ En declaraciones a la prensa de la época diría el autor:

Es un libro antipartido, no anticomunista. Creo que queda claro que yo sigo pensando lo mismo sobre el mundo, la gente, la economía... lo mismo que cuando dejé el partido. Sólo he cambiado en una cosa: en el sentido del partido como instrumento. No, no creo ya que el PC sea «el instrumento». No me preguntes cuáles porque no lo sé;

pero sí sé que el PC no lo es. Mi libro en el fondo es libertario. No es anticomunista porque no pongo en duda los principios básicos del marxismo; lo que sí pongo en duda es que el PCE sea el motor del cambio, ni creo que sus actuales dirigentes puedan inspirar ningún tipo de transformación.³⁰

Es claro que la deslegitimación de las prácticas del comunismo español en el exilio que hace el libro contribuyeron a generar debate y polémica en torno a la necesidad de una izquierda y unas formas de canalización política diferentes a las existentes, que de todas formas se estaban dando a nivel global –incluyendo España– desde los años sesenta.³¹ Sin embargo, y a pesar de la declaración original de intenciones del autor, su libro no contribuyó a romper el consenso transicional en torno a la memoria histórica con el propósito de escorar el curso de los acontecimientos hacia una ruptura transformadora. Lo que sí salió según su expresada previsión es el éxito del libro en crear polémica y ser leído por el gran público: en enero de 1978, tres meses después de la concesión del premio, se habían vendido 150.000 ejemplares:

Escogí el premio «Planeta» porque pensé (tal vez equivocadamente) que para provocar este tipo de debates, de cuestionamientos, un ensayo histórico, frío, es algo que lean, como mucho, dos mil personas. Había que encontrar una forma de expresión literaria y unos canales capaces de llegar al gran público. Era, por tanto, un riesgo, pero de todas formas este libro necesitaba un editor de derechas.³²

Ruiz Galbete afirma que el libro sesgó definitivamente la imagen del líder comunista y que, después de la no materialización de la democratización y apertura del partido después del IX Congreso del partido, «la Transición se leyó en clave de la *Autobiografía*...».³³ Paul Preston califica la repercusión del libro como «enorme»³⁴ y particularmente decisiva a seis meses de la legalización del PCE y tres de las primeras elecciones democráticas, estando Carrillo en la «cúspide de su popularidad»,³⁵ y cuando acababa de contribuir decisivamente al consen-

so con la firma de los Pactos de la Moncloa. El debate concreto en torno al libro generó una polémica compleja que implicó a diferentes líderes políticos e intelectuales, con Carrillo a la cabeza, y que se profundizó con la publicación de Fernando Claudín de *Documentos de una divergencia comunista* ese mismo año en El Viejo Topo, el complemento a *Autobiografía* en forma de ensayo político. Estuvieran o no todos y cada uno de los críticos del PCE y Carrillo a sueldo de Washington o de la Internacional Socialista como clamaban desde las filas del comunismo y desmentían sus detractores, las políticas exteriores del bloque occidental³⁶ con respecto a España en el contexto de la Guerra Fría pasaban por trabajar para que, cuando se produjera el relevo de Franco, el país se escorara hacia el prooccidentalismo, y esas políticas pasaron, en el momento de la Transición, por incentivar las causas políticas del PSOE y la UCD, con objeto de poner cortapisas a la del PCE. Asimismo, el PCE sufrió grandemente por el tratamiento recibido de parte de los principales medios de comunicación transicionales, no sólo porque no tuviera ninguno afín, sino porque todos le eran hostiles.³⁷ Son esas políticas las que parece indudable que la oportuna publicación de *Autobiografía* ayudó a reforzar.

En definitiva, el éxito rotundo de *Autobiografía* contribuyó a una asimetría de recuperación y análisis complejo del pasado en el país que ayudó a neutralizar al PCE como partido aspirante al poder democrático, sin conseguir afectar las condiciones del consenso, en tanto que olvido histórico, para el resto de fuerzas que lo pactaron. Estas no solo se libraron de ver tildadas de «memoria ideológica» sus prácticas con respecto al pasado, o como mínimo de pagar peaje en votos por ella, sino que se permitieron hacer reproches al PCE. Así, es irónico, por ejemplo, que Antonio de Senillosa, en esa época vinculado a un partido formado por exfranquistas como la UCD, opine sobre *Autobiografía* que: «Es un libro útil y oportuno pues conviene que alguien expulse de su amnesia histórica a tanto cómodo

desmemoriado».³⁸ (7) Como afirma Andrade Blanco,³⁹ la combinación letal entre vinculación a prácticas autoritarias y la imagen de conexión directa con la Guerra Civil y el exilio, se aliaron en la crisis del PCE para producir la imagen de un partido caduco y que había agotado su ciclo histórico, una imagen opuesta a la de jóvenes sin pasado reprochable que se imponía como propia al proceso hacia la democracia.

En cuanto a Semprún, por mucho que en 1977 se reconociera como comunista y marxista contra todo pronóstico habido el sesgo que tomó la recepción de su libro, lo cierto es que, como bien ha demostrado Amaral,⁴⁰ su posición ideológica evolucionó en los siguientes años hacia posturas liberales y socialdemócratas reformistas que le acercaban mucho al PSOE. Nada de extraño aquí, por algo este partido había sido el máximo beneficiario del rédito político que dio *Autobiografía*, el estandarte de un cierto sentido común democrático que fue hegemónico durante las legislaturas del felipismo y más a la izquierda del cual solo había, Alfonso Guerra *dixit*, el abismo. Jordi Amat se preguntaba en un artículo de homenaje a Semprún a su muerte en 2011⁴¹ cómo, siendo Semprún un intelectual modélico de quienes, habiendo sido poseídos por los totalitarismos, han tenido el coraje de convertirse en abanderado de los valores democráticos, a pesar de ello «no ha sido unánimemente reconocido como un pilar de la política cultural española» (33) A lo que se responde que es por defecto de la Transición. Para Amat, con buen juicio, la clave del valor de Semprún está en su evolución desde el comunismo, desde la fe estalinista, a «una convicción socialdemócrata, crítica y reformista». (33) Este valor, a mi parecer, es el que él contribuyó decisivamente a establecer como lectura hegemónica de la realidad española desde los años 70 con la publicación de *Autobiografía*, el que permite afirmar a Amat que es «quizás el libro más importante para refundar una cultura democrática en nuestro país junto con *Escrito en España* de Dionisio Ridruejo» (33). Es decir, que con exfascistas y

excomunistas arrepentidos que han visto la luz de la democracia liberal y exorcizan con ello a los dos grandes males históricos del siglo XX puede España entrar con confianza en la normalización europea. Semprún tiene, desde luego, más legitimidad moral que Ridruejo, la que le da su militancia heroica durante la Segunda Guerra Mundial, en la resistencia francesa y como sobreviviente del campo de concentración de Buchenwald, el ser disidente comunista en las postrimerías de la Guerra Fría, el haberse siempre enorgullecido de ser un «rojo español».⁴² Semprún es, en efecto, por todo ello, un intelectual europeo, muy grande en opinión también de su amigo Juan Goytisolo, un producto de su siglo convulso que ha conseguido salir airoso de todas las causas, caer en cada caso del lado correcto de la razón y la ética hegemónicas. Por ello, es el tipo de europeo del que la joven democracia española puede sacar partido, más partido del que sacó, en el parecer de Amat. Aún así, yo diría que la Transición sí reconoció a Semprún por su contribución en la política cultural, entendida ésta como intervención de la cultura en la política. De hecho, la democracia le va a convertir en el exiliado republicano con más influencia en la España del interior, el que consiguió ser leído en la semiótica de la Transición, no como signo tóxico que connotaba guerra civil y exilio tal y como se leyó a la mayoría de retornados, sino como afianzador del proceso transicional. En España Semprún fue escuchado e influyente, como escritor y como político porque su crítica al PCE no se vinculaba a viejos pleitos de la guerra, sino a su participación en la construcción del antifranquismo del interior desde 1953, cuando inicia sus viajes clandestinos a España y se convierte en el máximo dirigente del PCE exiliado en el interior. Mientras otros exiliados, caso de Gorkin, o Madariaga, laboraban arduamente para establecer un puente con las fuerzas del interior, pero desde el exilio, Semprún/Federico Sánchez estaba en España estableciendo contacto e influyendo las voluntades de los jóvenes intelectuales y ar-

tistas para acercarlos al comunismo en un momento en que la cultura fue clave para encauzar el movimiento antifranquista. Él sí, a juzgar por los testimonios de estas nuevas generaciones, había sido un mito para los jóvenes del interior, pero por causa de una acción contemporánea a ellos, no por su conexión con la Guerra Civil y la República, como podían aspirar a serlo la gran mayoría de intelectuales y políticos del exilio. Semprún había entrado así en los tiempos de la nación, y se había acompasado a su ritmo, como el mejor comunista cuando la politización antifranquista tenía esta ideología en su centro para las nuevas generaciones, y como el más acendrado anticomunista cuando ya empezaban a cambiar, y a pasar, los tiempos de utopías revolucionarias. La excepcionalidad en el estudio de las relaciones de exilio republicano con el interior español que proporciona Semprún es la constatación de que en cada una de las facetas del crisol de su identidad a las que se refiere Herrmann, en cada de uno esos momentos, consigue no quedarse fuera de la Historia —que no es lo mismo que decir que no sea un vencido en ciertos momentos—. Su mérito es que nada ni nadie consigue expulsarle, que en ningún momento su intervención histórica es inocua, o queda en ese limbo, esa sala de espera que atrapó a tantos exiliados interesados en volver a intervenir en España.

De hecho, no hemos terminado aún con el recuento de la influencia de Semprún en la España democrática. Nos falta hacer mención de su paso por el Ministerio de Cultura de un gobierno del PSOE entre 1988-1991, el único exiliado republicano que accederá a un cargo institucional de ésta en democracia. Lo interpretado con anterioridad con respecto al trabajo ideológico que la intervención de Semprún hace durante la Transición, unido a la deriva que el mismo pensamiento político de Semprún iba a adoptar, ayudan a explicar la lógica de la decisión de Felipe González y del hasta entonces ministro de Cultura, Javier Solana (por cierto, pariente de Salvador de Madariaga) de elegir

precisamente a Semprún para el cargo. Hemos argumentado en la primera parte de este artículo que la recuperación sesgada del exilio favorece a y privilegia el papel del socialismo en él, en detrimento de otras posturas, y lo conecta consigo mismo en una línea de continuidad con el pasado moderno y europeizante español. Que Semprún a alturas de los ochenta abrazaba esa misma visión queda demostrado en las memorias que el autor publicaría de su paso por el gobierno, *Federico Sánchez se despide de ustedes* (1993).⁴³ Explica allí una anécdota en un Consejo de Ministros en julio de 1988, que revela diáfana esa continuidad república-exilio-democracia que sabemos caracteriza el discurso socialista en este periodo. Tras dedicar unas páginas a pormenorizar el pedigrí republicano de su familia, padre y tío en particular, explica el escritor cómo el ministro del Interior, José Barrionuevo, lleva a la reunión una bandera republicana rescatada de las pertenencias de Manuel Azaña tras su muerte en 1940 en Montauban y que han acabado en las dependencias del Ministerio que Barrionuevo preside:

Al ver cómo se desplegaban en la sala del Consejo los tres colores de la bandera de seda republicana, pensé que el azar era significativo. Porque la razón democrática —pasión intelectual exclusiva de Azaña— seguía animando a Felipe González, quien se esforzaba incansablemente por llevarla a la práctica, en circunstancias históricas concretas en que la monarquía parlamentaria había sido el mejor sistema político para la defensa e ilustración de la *res pública*. (141)

Semprún confiere a sus afirmaciones de explícita continuidad entre república y monarquía, entre exilio y democracia, la legitimidad de su pasado exiliado, de combatiente en la resistencia francesa, de superviviente del campo de concentración nazi de Buchenwald, y de anticomunista con conocimiento de causa. Semprún tiene todas las características para ser un vencido de la historia, aunque no lo es, y por ello, la legitimación moral de la que la joven generación en el poder del PSOE carece. Y desde ella, y para

venir a converger plenamente con las estrategias discursivas del PSOE desde la Transición, se desdice de esa postura contraria al consenso como olvido histórico que le habíamos visto expresar en los últimos setenta: «este procedimiento de amnesia colectiva ha sido sin duda positivo en el periodo constituyente de la Transición» (110). Sin embargo, considera que España está ya, a alturas de finales de los ochenta, preparada para recuperar su pasado:

¿No habrá llegado el momento de dominar colectivamente el «retorno de lo reprimido», de salir de nuestra amnesia voluntaria de los contenidos de la guerra civil, para abordarlos en fin —sin espíritu de retorno, de revancha o de rencor, naturalmente— con la voluntad de un avance social que no tenga en cuenta ni los mitos del pasado ni los silencios u olvidos del presente? (111)

Semprún está convencido en estas palabras publicadas en 1993 de la solidez de la democracia española, de su irreversibilidad, y de que a fuerza de razón democrática todo vestigio de franquismo ha desaparecido definitivamente. En la Cámara de Diputados el 2 de marzo de 1989 dirá, con motivo de la conmemoración de los 50 años del final de la Guerra Civil (nótese por cierto, según lo comentado en la primera parte del trabajo, cómo la guerra se funde con la imagen de Antonio Machado en sus palabras): «Pienso que podemos felicitarnos —como yo, hombre de izquierdas, me felicito— de constatar que la actitud moral y política de Machado durante la Guerra Civil es hoy considerada en España como evidente, como un valor universal que todos podemos compartir. (231)». Se entiende por ello que Semprún considere que «[I] a segunda consecuencia primordial de la legitimación por referencia al porvenir democrático ha sido el resurgir de los valores morales y políticos del bando republicano de la Guerra civil.[...]. Estos valores son los únicos en torno a los cuales puede construirse un consenso social dinámico. (232-233)».

Desde la perspectiva de Semprún el PP no tiene más remedio que adherirse a esos valores

si es que quiere llegar al poder: «Son los valores de los vencidos los que fundan la ley moral, en suma –y ello se hace aparente y en cierto modo cómico o patético [...]– cuando se ven los esfuerzos de José María Aznar, joven líder modernista de la derecha, para inscribirse en la tradición del intelectual Azaña (233)». Desde nuestra perspectiva, esta confianza de Semprún nos parece prematura, en todo caso refutada por los hechos. Pero a alturas de 1993 cuando él escribe estas memorias de su paso por el poder, la lectura socialista de la historia de España parece destinada a establecerse permanentemente en la hegemonía. Y sin embargo, esta manifestación de confianza es tan buena como cualquier otra para señalar el canto del cisne de una política de la memoria con respecto a la República, y por consiguiente el exilio, basada en su invocación e integración a través de conceptos vaciados de contenido específico. Es con una reflexión sobre el fin de este discurso con lo que quisiera terminar.

Contradicciones de la despolitización

En el periodo democrático, y en especial durante las cuatro primeras legislaturas socialistas, la República y su epígono, el exilio, quedan establecidos en los discursos nacionales y colectivos en torno a dos características: su visibilidad y su trivialización. Esta caracterización es el antecedente necesario para entender las configuraciones con respecto a exilio y República que emergerán a partir de los primeros años 90. Configuraciones que van más allá del fruto esperado y esperable de capital democrático en la cuenta del PSOE, de hecho surgen para oponerse a él, al tiempo que se oponen entre sí, y que acabarán dinamitándolo. La primera de ellas es que la visibilización e incentivación financiera de la cultura del exilio que resultó del mecenazgo de los gobiernos socialistas dio a medio plazo otros frutos menos acomodaticios y banalizadores: los de la profundización dentro de la sociedad, y ampliación dentro de los círculos académicos, del conocimiento complejo y con capacidad crítica sobre República y exilio.⁴⁴ La segunda configuración se refiere a que la República y los republicanos (muchos de ellos exiliados) sufrieron a manos de la construcción ideológica del PSOE un grado tal de abstracción que terminó haciéndola compatible con el ideario político del partido que había nacido como refugio de franquistas más o menos reciclados, el Partido Popular, tal como constatan las afirmaciones de Semprún a las que nos referíamos arriba. Mateos,⁴⁵ apoyándose en referencias a acuerdos parlamentarios y conmemoraciones conjuntas de varios partidos, afirma que el exilio se convierte para las grandes fuerzas políticas españolas, léase PP y PSOE, desde 1993 en «cuestión de Estado, en referencia central de cultura política de [sic] España democrática». Según Mateos, desde entonces y hasta la llegada al poder de Rodríguez Zapatero, es decir, durante el periodo aznarista, el exilio se convierte en un elemento de consenso político:

El exilio de los años treinta se puede ver como una pérdida para España y como víctimas de la guerra civil y el franquismo. Incluso los tres exilios de los años 30 (1931, 1936 y 1939), representativos de las «tres Españas», han permitido que la voz «exilio» se convierta en patrimonio común de los españoles o, como también se expresa, en memoria compartida de un nuevo patrimonio constitucional.

Considerando esto, se entiende entonces que sea de este periodo del que daten los jaleamientos públicos desde el poder Popular aznarista de las figuras de Max Aub –cuya fundación se crea ya con el PP en el poder en 1997, habiendo el PSOE desperdiciado la oportunidad de reivindicarlo para sí, Luis Cernuda o Federico García Lorca o, la más significativa políticamente, de Manuel Azaña, mencionada por Semprún como veíamos, parejos siempre a lecturas de ellos como paladines de modernidad, defensores de la piedad y el perdón. Es una pena, en opinión de Mateos, que este consenso constitucional se rompa por culpa de la introducción por parte

de las izquierdas y los movimientos nacionalistas de las reivindicaciones de la memoria histórica, ya que en ese consenso, dice él, estaba la posibilidad de que se consolidara una memoria democrática compartida, que tenemos perdida hasta hoy mismo. Habría que matizar, sin embargo, como hacen los trabajos de Juliá, ya citado, y el de Humlebaek,⁴⁶ que es desde el momento en que José María Aznar ve la posibilidad de ganar unas elecciones a González –de ahí la importancia de 1993– que su discurso, queriendo atraer un voto de centro y no sólo de derecha, incorpora esta conexión con la República y con figuras de exiliados. Y además habría que seguir matizando y recordando que esta postura de moderación del discurso Popular produce su contrario en el rival político, es decir, el abandono por parte del PSOE de su política de no agresión a la derecha por su pasado franquista. En otras palabras, la invocación popular de República y exilio, y no su reivindicación de Franco y el Franquismo, es la que abre la puerta y da paso a lo que se ha llamado diversamente la ruptura del consenso de la Transición o Segunda Transición en la que a alturas de 2014 seguimos. Esta ruptura se inaugura, en los análisis de Juliá y Humlebaek, con la iniciativa del PSOE –y no de las otras izquierdas y los nacionalismos minoritarios–, de poner fin a 20 años en España de vaciado conceptual de la idea de República y de silencio en torno al franquismo en la historia de España. Por lo que a la República (más exilio) se refiere, con ello concluye su visión hegemónicamente postpolítica y banalizada, con función de corroboración del presente, y se inicia el proceso de su repolitización que se impondrá en la primera década del siglo XXI. Una repolitización que es inevitablemente conflictiva, sobre todo porque arrastrará con ella sin remedio la reconsideración de las realidades históricas que le son solidarias, la Guerra Civil y el franquismo.

NOTAS

- ¹ Este artículo es parte del Proyecto de Investigación «El pensamiento del exilio español de 1939 y la construcción de una racionalidad política (FFI2012-30822)».
- ² QUAGGIO, Giulia, «Asentar la democracia. La política cultural a través del Gabinete del Ministro Javier Solana», en Mateos, Abdón et al., *Historia de la época socialista. España 1982-1996*, Madrid, UNED, 2011, p. 6. QUAGGIO, Giulia, *La cultura en Transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 244-264
- ³ QUAGGIO, Giulia, «Asentar la democracia...», pp. 22-23. De la misma autora, véase también *La cultura en Transición...*, ob. cit., pp. 221-222 y 239, donde se utiliza el concepto foucaultiano de gobernabilidad para hablar de este uso de la cultura por parte del poder para moldear el comportamiento y las ideas de los ciudadanos.
- ⁴ BALIBREA, Mari Paz, *Tiempo de exilio. Una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*, Barcelona, Montesinos, 2007, pp. 51-56 y BALIBREA, Mari Paz, «Usos de la memoria de la República y el exilio durante la Transición: los casos de Bergamín y Alberti» en RUIDO, María (ed.). *Sobre Imágenes, Lugares y Políticas de la Memoria*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, Consellería de Cultura e Deporte/Centro Galego de Arte Contemporáneo, 2008, p. 445.
- ⁵ Una revisión de cómo la prensa más leída y más próxima a las posturas del PSOE en este periodo, *El País*, trata el tema del exilio republicano, revela un goteo de críticas al estado y al gobierno franquista por el trato dado a la memoria republicana y la eliminación de la posibilidad republicana en la Transición, pero circunscritas a las cartas al director y más abundantes en los primeros años del mandato felipista. Estas cartas al director demuestran que había descontento entre la población por cómo el socialismo estaba tratando la herencia del exilio. Por ejemplo, en la carta de J. Marcote de 7 de enero de 1985 «Sobre el exilio republicano» o Francisco Molins Fernández el 30 de noviembre de 1984 «El exilio republicano» y del mismo día el comentario de Juan José Linz con el mismo título, que puntualiza como Molins que la vuelta de una figura como María Zambrano no es suficiente para decir que se ha terminado el exilio. También véase «La Monarquía y la Transición» de Francisco Cuberos, 27 abril 1985. Por otra parte, la información de redacción va dando noticia de la celebración de algunos congresos, mientras que los artículos de opinión no ahorran halagos a figuras culturales o políticas vivas o fallecidas del exilio al hilo de la publicación de nuevos estudios o en el contexto de un obituario.
- ⁶ MATEOS, Abdón, «El uso público del antifranquismo y del exilio después de Franco», *Alcores* 11, 2011. Sin página. Accesible online: http://www.academia.edu/4099903/El_uso_publico_del_exilio_y_del_antifranquismo_en_la_Espana_actual
- ⁷ MATEOS, Abdón, «La política de la memoria de los socialistas hacia la Guerra Civil y el exilio en la España democrática», *Historia y memoria democrática*, Madrid, Eneida, 2007, p. 121. Esta política tuvo excepciones, como el patrocinio de

- la exposición «El exilio español en México» de 1983. Pero estas políticas de conmemoración directamente financiadas por el gobierno y con implicación directa de sus máximos dirigentes no sentaron ningún precedente. Es más, es de notar que en este caso la exposición se había empezado a preparar con el gobierno de la UCD. (Ibid., p. 120).
- ⁸ RICHARDS, Michael, *After the Civil War. Making Memory and Re-Making Spain since 1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, p. 316.
- ⁹ SOTILLOS, Eduardo, 1982. *El año clave*, Madrid, Aguilar, 2002, p. 103 y GONZÁLEZ, Felipe y CEBRIÁN, Juan Luis, *El futuro no es lo que era. Una conversación*, Madrid, Aguilar, 2001, pp. 35-36.
- ¹⁰ REAL INSTITUTO ELCANO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES y ESTRATÉGICOS (coord.), *La política cultural en España*, Madrid, 2004, pp. 4-5.
- ¹¹ MÉNDEZ, Lourdes, «Política cultural: una retórica sin fronteras», Marquina Espinosa, Aurora (ed.), *El ayer y el hoy: lecturas de antropología política. El futuro*, Vol. II. Madrid, UNED, 2013, pp. 227-228.
- ¹² QUAGGIO, Giulia, «Asentar la democracia», *pássim*.
- ¹³ *Ibidem*, p. 3
- ¹⁴ JAMESON, Fredric. «Culture. The Cultural Logic of Late Capitalism», *Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, North Carolina, Duke University Press, 1991, pp. 1-54, esp. p. 17.
- ¹⁵ MATEOS, Abdón, «El uso público», sin página.
- ¹⁶ En MUÑOZ SORO, Javier y GARCÍA FERNÁNDEZ, Hugo, «Poeta rescatado, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio Machado durante el franquismo y la Transición», *Hispania*, Vol. LXX, n.º 234, 2010, pp. 137-162.
- ¹⁷ A Jorge Guillén se le había otorgado en 1976, quien con un brevísimo discurso aceptó el premio como signo de superación de la Guerra Civil en los principios de la Transición democrática, y con ese propósito simbólico se le otorgaba. Lo excluyo aquí por pertenecer al claramente diferenciado periodo de la Transición, pero un recuento pormenorizado de premios, homenajes y reconocimientos a personalidades del exilio republicano se encuentra en QUAGGIO, Giulia, *La cultura en Transición*, ob. cit., pp. 244-264.
- ¹⁸ CORONADO RUIZ, Carlota, y MARTÍN SÁNCHEZ, Isabel María, «Exilio y Televisión: la memoria mediática de la represión franquista», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea* 10, 2012, p. 7 Disponible en línea: <http://hispanianova.rediris.es/10/dossier/10d011.pdf>
- ¹⁹ «Many of these productions had little ambition beyond entertainment and tended to have a distancing effect rather than developing and deepening historical consciousness and an appreciation of the complexity of the past». RICHARDS, Michael, *After the Civil War. Making Memory and Re-Making Spain since 1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, p. 312. La traducción al español es mía (MPB).
- ²⁰ Su Centro de Estudios sobre el Exilio no se funda hasta 2003.
- ²¹ DÍAZ SÁNCHEZ, Julián, «Memoria y olvido. Sobre la fortuna de los artistas del exilio en la España democrática», *Migraciones y exilios*, 6, 2005, p. 13.
- ²² Coincido en este punto con QUAGGIO, Giulia, *La cultura en Transición*, ob. cit., pp. 329-336.
- ²³ GONZÁLEZ, Felipe y CEBRIÁN, Juan Luis, ob. cit., pp. 59-85.
- ²⁴ BALIBREA, Mari Paz, «Usos de la memoria», ob. cit., *pássim*. Sobre el retorno de Alberti, véase también QUAGGIO, Giulia, *La cultura en Transición*, ob. cit., pp. 240-244.
- ²⁵ «He straddled identity positions between France and Spain, dictatorship and democracy, the Spanish Civil War and the Holocaust, the Civil War-as-experience and the Civil War-as-memory, between autobiography and novel.» HERMANN, Gina, *Written in Red. The Communist Memoir in Spain*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2010, p. 122. La traducción al español es mía (MPB).
- ²⁶ SINNIGEN, Jack, *Narrativa e ideología*, Madrid, Nuestra Cultura, 1982, p. 68
- ²⁷ SEMPRÚN, Jorge, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 240-241.
- ²⁸ RUIZ GALBETE, Marta, «(Intelectuales con cabeza de chorlito. Jorge Semprún contra el Eurocarrillismo)», *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, n. 30-31, Dic. 1999-Jun. 2000, pp. 390-406.
- ²⁹ SINNIGEN, Jack, ob. cit., p. 76.
- ³⁰ MONEGAL, Ferran, «Semprún, balance y adiós», *La Vanguardia*, 16-X-1977, p. 25
- ³¹ El temprano libro de Sinnigen es evidencia de lo positivamente que sectores renovadores de la izquierda recibieron el libro.
- ³² «Viejos recuerdos, viejos rencores: La polémica Semprún-Carrillo, carga de profundidad», *La Vanguardia*, 21-I-1978, p. 12
- ³³ RUIZ GALBETE, María, ob. cit., p. 391 y p. 397.
- ³⁴ PRESTON, Paul, *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013, p. 311.
- ³⁵ *Ibidem*, p. 310
- ³⁶ Para las relaciones entre el socialismo alemán y el PSOE véase MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, *El amigo alemán. El SPD y el PSOE de la dictadura a la democracia*, Madrid, RBA, 2012. En relación a la política exterior norteamericana con respecto a España, véase GARCÉS, Joan E., *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 161, 180 y GRIMALDOS, Alfredo, *La CIA en España*. Barcelona, Debate, 2006, p. 129-160.
- ³⁷ Véase Andrade Blanco, ob. cit., pp. 320-350, en particular su estudio de cómo los principales periódicos del país cubren la noticia del IX congreso del PCE en el que se abolió el leninismo en abril de 1978.
- ³⁸ SENILLOSA, Antonio de, «En mi opinión: Federico Sánchez», *La Vanguardia*, 17-XI-1977, p. 7.
- ³⁹ *Ibidem*, pp. 349-350.
- ⁴⁰ AMARAL, Samuel, «El largo viaje de un rojo español. Del marxismo a la libertad en Jorge Semprún», *Revista de instituciones, ideas y mercados*, n. 51, Oct. 2009, pp. 147-200.
- ⁴¹ AMAT, Jordi, «Te acordarás de Federico Sánchez», *La Vanguardia*, 9-VI-2011, p. 33
- ⁴² KISS, Csilla, «La guerre est toujours là: Defeat, Exile and Resistance in the Works of Jorge Semprún», *Bulletin of Spanish Studies*, Volume LXXXIX, Numbers 7-8, 2012, pp. 95-108.

- ⁴³ SEMPRÚN, Jorge, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1993.
- ⁴⁴ Un buen ejemplo de ello es el GEXEL (Grupo de Estudios del Exilio Literario Español), fundado en 1993 bajo la dirección de Manuel Aznar Soler, que hará una enorme contribución al saber académico sobre la cultura del exilio, y conseguirá organizar una red internacional de estudiosos del tema con la contribución valiosa desde el principio de dinero público para su desarrollo. El GEXEL es la primera entidad académica española de la democracia que tiene un proyecto global de recuperación de la producción cultural del exilio, y no solo de la de sus representantes como individualidades. Esto le hace cualitativamente distinto a todo lo que le precede. Es también el primer proyecto español de la democracia que combina abiertamente un objetivo académico cultural con una agenda política de defensa de la República, y que tiene dos aspectos relevantes: la reivindicación de la memoria del exilio en tanto que derivado de la Segunda República; y una defensa de la forma de estado republicana. Ambos aspectos implican una visión crítica, no sólo de la dictadura franquista, sino también de la transición a la democracia por su supresión del elemento republicano. Estas características hacen al GEXEL pionero del cambio de signo social que a finales de la década estallaría con el boom de la memoria histórica, caracterizado precisamente por politizar las condiciones de posibilidad de la generación de una memoria colectiva del pasado previo a la democracia.
- ⁴⁵ MATEOS, Abdón, «El uso público», sin página.
- ⁴⁶ HUMLEBAEK, Carsten, «Usos políticos del pasado reciente durante los años de gobierno del PP», 2003. Accesible online: <http://historiayusodelpasado.files.wordpress.com/2010/12/iii-6-usos-polc3adticos-del-pasado-reciente-durante-los-ac3b1os-de-gobierno-del-pp2.pdf>.